

Una cultura de la vida asumiendo la muerte

Ciro E. Schmidt Andrade

Chile

Abstract

The mystery of the life in all forms, but especially of our life like human beings, is losing dignity. From it derives the urgency of ethical reflections around him, as much in his beginnings as his course and its term. The same bond for the nature support of the human life.

Resumen

El misterio de la vida en todas sus formas, pero en especial desde nuestra vida como seres humanos, está perdiendo dignidad. De esto, surge la urgencia de una reflexión ética sobre sí mismo, desde su inicio, su desarrollo y su término. El mismo lazo de la naturaleza respalda la vida humana.

1. Introducción

La violencia, en diversas formas, ocupa espacios importantes en nuestra historia y ello se hace patente, también, en nuestro tiempo. Nos hemos acostumbrado a ver en televisión, tanto en las noticias como en muchos de sus programas de entretenimiento, el asumir la vida y la muerte como un asunto baladí, que se vive día a día, y en el que no vale la pena detenerse, más allá de verlo como noticia del momento.

En muchas zonas son los niños y adolescentes los que, como agentes violentos, propician atentados contra la vida y al mismo tiempo son procuradores de la muerte o por lo

menos de diversas formas de violencia a otros y de daños. Incluso, surge como una paradoja que algunos de ellos sean defensores de la naturaleza, aunque no de la vida de los demás.

Ionesco, autor de obra de teatro del absurdo, nos presenta en una de ellas una forma de premoción cada vez más cierta. En *El rinoceronte*, los personajes se convierten, por sus propias relaciones internas, en rinocerontes, animal que sirve como paradigma de la torpeza y de la bestia. Al final, queda uno solo que en medio del escenario grita “soy el último hombre y lo seré hasta el final. Yo no capitulo”.¹

Pareciera que hemos perdido la capacidad de admirar la vida como milagro esencial y de decir “Oh gracia misteriosa de la vida, soy, respiro profundamente toda la vida, tengo mi sitio bajo el sol, se me ha concedido el permiso formidable de ser hombre”.² La vida es el gran milagro que escapa a la lógica de la utilidad, la que, aplicada a ella, nos hace inhumanos al desconocer la profunda dignidad de aquellos que pueden parecer no-útiles, no rentables y económicamente improductivos.

Todo lo anterior podría ejemplificarse hasta el cansancio. Lo importante es reflexionar sobre cómo usar esta información para crecer como sociedad y uno de los caminos primordiales de ello son los procesos educativos en los que a los niños y jóvenes se les presenta el misterio de la vida en su totalidad, con sus logros, sus dolores, sus fracasos, la iluminación del nacimiento y la luz que parece apagarse al final. Ello impulsa a reflexionar desde el punto de vista ético, entre otros, sobre las relaciones del hombre para con el hombre y del hombre respecto de la naturaleza, como formas en que se expresa la vida.

¹ Sobre Ionesco, véase mi artículo “Ionesco y ‘el rinoceronte’: testimonio y profecía”, en *Logos, Revista de Filosofía*, vol. XXXV, no. 103, año XXXV, Universidad La Salle, México, enero-abril, 2007.

² Psichari, *El viaje del Centurión*.

Con frecuencia, pensamos que la formación moral es propia de la asignatura de Religión y de la Orientación. A lo más concedemos que las ciencias llamadas humanas tienen algo que aportar en este aspecto. Sin embargo, nos olvidamos que la educación, en su conjunto, debe promocionar valores, y que las ciencias y, en particular, la Ciencia Natural, desde su especial punto de vista, puede y debe promover una formación axiológica profunda que ayude al educando en el camino hacia una persona integral.

Las ciencias, de manera especial, pueden y deben incentivar a trascenderlas, en la búsqueda de un sentido más allá de ellas mismas y con el objetivo de descubrir valores que abran ese sentido. Deben tener presente que no son fin en sí mismas. Su sentido es la persona y su papel no es sólo aportar conocimiento sino ser “voz que clama” por un sentido último y absoluto, mediatizado por valores morales que nos conduzcan a él. El ser humano tiene un compromiso consigo mismo, que la técnica y la ciencia no pueden eludir.

2. El valor moral

Educar supone orientar hacia opciones axiológicas, en las que el valor moral ocupa un lugar importante, si se quiere tener en cuenta la relación trascendente de la persona humana, capaz de abrirse a valores absolutos.

Podríamos definir el valor moral como aquella calidad inherente a la conducta que se manifiesta como auténticamente humana, conforme a la dignidad de la persona y de acuerdo, por tanto, con el sentido más profundo de su existencia. Precisamente por ese carácter totalizante, el valor moral se halla siempre y en todas partes presente, como una urgencia que nunca abandona, como una llamada constante que invita a seguir su voz (...). La respuesta específica que provoca el valor ético es la experiencia de obligación. En ella se vivencia este carácter ineludible,

absoluto, que nos viene de una fuerza que se impone al sujeto desde dentro, pero sin forzar, sin ningún tipo de presión física. Su mensaje penetra hasta el corazón, insistiéndole de manera continua, sin que podamos reducir al silencio su invitación para realizarnos como persona, para humanizar cada vez más nuestra propia existencia, pero al mismo tiempo descubrimos la grandeza desconcertante de la libertad, que permite orientar nuestro rumbo por caminos diferentes, hacernos sordos a la voz imperiosa de su llamada (...). No es posible una lucha intestina entre los imperativos auténticos de la ética y las exigencias más profundas del hombre. La moral no es la frontera que encierra y esclaviza a la libertad, algo ajeno y opuesto a ella, como si se tratara de un adversario. Es el cauce que orienta su ejercicio, para que el hombre consiga lo que debe ser, para que construya su perfección. Habría más bien que definirla, entonces, como la ciencia de los valores que dirige e ilumina nuestra realización humana, libre y responsable, hacia su destino.³

La búsqueda de nuestro propio ser, de nuestra autorrealización a través del valor moral surge como un imperativo individual y social, en los niveles personal, comunitario y estructural. El valor moral tiene el carácter de un Indicativo Obligante. Sin embargo, no se refiere básicamente a normas, aunque ellas existen y sean necesarias como pedagogía de crecimiento, sino a un espíritu, a actitudes. La moral no puede dedicarse a controlar a las personas, sino a promover una libertad responsable.⁴

La conciencia moral como dimensión básica de la misma persona humana, es una realidad humana abierta al crecimiento y, por eso, su desarrollo implica un doble proceso de formación y conversión. En la formación de la conciencia

³ López Azpitarte, E. y otros, *Praxis Cristiana* (1). Ediciones Paulinas, Madrid, 1980, p. 76. Citado por Tony Mifsud, *Teología moral fundamental*, Apuntes de clases, CIDE, Santiago de Chile, 1982.

⁴ Mifsud, Tony, *op. cit.* ver capítulo sobre valores.

moral es preciso tener en cuenta la influencia ambiental sobre el individuo. Existe una “conciencia colectiva” (valores culturales) y una “conciencia estructural” (valores ligados a sistemas, instituciones) que repercuten directamente en la conciencia moral de cada persona. La reciprocidad y el compromiso social subrayan la gran importancia del ambiente valórico sobre la sensibilidad de la persona humana.⁵

Así la conciencia va abriéndose a valores que la encaminan a un desarrollo personal más pleno, inserto en una sociedad determinada. La ética tiene, necesariamente, el carácter de una ciencia práctica del futuro, de una ciencia de la posibilidad y de las transformaciones, al ser parte de un ser en crecimiento y al enfrentarse a nuevos problemas presentados en una sociedad que progresa.

Y este progreso debe considerar a la persona humana en sus aspectos esenciales. La persona humana en su vivir es una realidad que se realiza en el tiempo, el espacio y de un modo sexuado: la persona humana vive dentro de una historia y es historia (tiempo), condicionada y ligada a lugares concretos (geografía, cultura, etc., espacio) y se autocomunica desde su corporalidad (desde su ser hombre o ser mujer). Constituye una realidad de integración compleja: es decir, una unidad pluridimensional, o mejor todavía, busca la integración de toda la complejidad y riqueza de sus dimensiones. En el nivel estructural es un ser dotado de afectividad, de inteligencia y de voluntad, que busca integración para un crecimiento y desarrollo normales. Justamente, por eso, tiene distintas necesidades, desde el comer hasta la amistad y la comprensión.

Al mismo tiempo es una realidad indigente: es necesidad e historia, es objeto y sujeto, es naturaleza y libertad, es “hecho” y “se hace”. Dentro de un esquema (o pauta) crece, se desarrolla y goza de libertad y es una realidad abierta: a sí

⁵ *Ibid.*, p. 133.

misma (es capaz de autoconocimiento), a los demás, al mundo, a lo desconocido. Realiza la experiencia de lo finito (limitado) y de lo infinito (sueños e ideales sin límites de espacio y tiempo) y es hasta capaz de autotrascenderse. Para encontrar sentido a su vida necesita buscar fuera de sí, hacia algo o alguien que engloba el todo dentro del cual él forma una parte. La experiencia de formar parte de una totalidad más grande.

Por lo anterior es un fin y nunca un medio (Kant): constituye un valor absoluto. Mientras que las cosas tienen un fin fuera de ellas (se utilizan para algo), la persona humana es un fin que hay que respetar. Sólo se entiende en el nivel del ser, porque en el nivel del tener (salud, riqueza, poder, belleza, etcétera) se crea una desigualdad básica que divide a la humanidad.

En todas las afirmaciones anteriores se nota que la persona humana es una realidad que, dentro de un esquema básico que permite hablar de “persona”, goza de libertad (su dimensión de apertura, de relación, de crecimiento, etcétera) y es un rasgo constituyente del ser persona humana”.⁶

3. El problema moral y la Ciencia Natural

El hombre es una permanente vocación de valor. El proyecto de vida, a que cada hombre tiende, se encamina siempre hacia la realización de algún valor. Las opciones vitales del hombre derivan, no de saberes científicos sino de convicciones radicales sobre el sentido de la realidad, de la historia y de la totalidad.

Ninguna ciencia del intelecto ha experimentado tan profundos cambios en las últimas décadas como la Ciencia Natural. Este acelerado avance científico influye en nuestro modo de vivir y pensar, y las ciencias, si bien han llegado

⁶ *Ibidem*.

a ser sinónimo de progreso, de cambio y desarrollo social, también han facilitado la emergencia de grandes inquietudes y problemas. Es por ello que la investigación no se reduce a lograr conocimientos, sino que supone un enfrentamiento con los problemas en todo el ámbito de lo humano, lo que significa un contacto permanente con otros campos de la reflexión humana. La investigación científica tiene una metodología propia y límites precisos, pero su enseñanza debe aspirar a un mensaje que la trascienda.

El valor de ser es el valor de afirmar la propia naturaleza racional contra lo que es accidental en nosotros. Ello incluye una decisión sobre la naturaleza del hombre que debe ser hecha explícita en toda ciencia, en su búsqueda y en su entrega. Ésta es la razón por la que, por ejemplo, cada vez son más los representantes de la medicina en general y de la psicoterapia en particular que buscan la cooperación de filósofos y teólogos. La Medicina y todas la Ciencia Natural no pueden ayudar al hombre sin la cooperación permanente de todas las demás profesiones y ciencias, cuyo objeto es ayudar al hombre como hombre. El universo de la organización técnica y científica debe redimensionarse según una escala humana, para que todos esos medios estén ordenados efectivamente al servicio de la persona, y ésta pueda orientarse hacia su verdadero fin. Nuestro futuro dependerá, en gran medida, de que podamos controlar y dominar los valores engendrados, de una manera o de otra, por el progreso científico y técnico, lo que en el campo del valor moral plantea inquietud e incertidumbre al hombre de hoy.

Los avances de la tecnología (especialmente en el campo de la medicina con todos los avances de la ingeniería genética) plantean problemas éticos desconocidos en el pasado: la fecundación in vitro o el niño probeta, la donación de órganos y los transplantes, la diferencia entre medios extraordinarios y ordinarios en las intervenciones quirúrgicas que ya

no está tan clara, la clonación, la píldora del “día después”, el uso de los descubrimientos genéticos en los controles de la gestación. Las nuevas técnicas bio-médicas nos plantean el sentido de la persona en el derecho del paciente y la pertinencia de los métodos empleados.

La reflexión moral tiene que asumir los avances contemporáneos, sin una actitud de añoranza al pasado, si es que quiere participar en la construcción de un futuro para la humanidad. El mundo tecnológico está perdido y es nuestro deber orientarlo. En él, como en todo lo humano, está presente el valor moral, con su “experiencia de obligación” y su “urgencia que nunca abandona”. Todo ello supone un concepto claro de lo que hoy se denomina “calidad de vida”.

Por calidad de vida entiendo el conjunto de condiciones que permiten a un ser humano desarrollar en plenitud todas sus potencialidades, lo que les permite elevarse a un nivel existencial superior, propio de una persona. Es evidente que este concepto encierra muchos aspectos no sólo bio-ecológicos, sino también sociales, políticos, económicos, que pueden y deben ser objeto de opciones morales.

La moral es ciencia de los actos humanos y ningún acto humano, cualquiera que sea su objetivo, puede prescindir de su sentido. Es por ello que podemos hablar tanto de ética de la vida (bio-ética) como de ética de la naturaleza o del contorno (eco-ética). La moral nos impulsa a humanizar nuestra experimentación sobre el hombre y la naturaleza. Juan Pablo II nos señala, en forma reiterada, el peligro que encierra la separación entre ciencia, técnica y moral. En sus encíclicas *Redemptor Hominis* y *Laborem exercens* plantea la gravedad de esta ruptura.

El hombre, por tanto, vive cada vez más en el miedo. Teme que sus productos, naturalmente no todos, y no la mayor parte sino algunos y precisamente los que contienen una parte especial de su genialidad y de su iniciativa, puedan ser dirigidos de manera

radical contra él mismo; teme que puedan convertirse en medios e instrumentos de una autodestrucción inimaginable, frente a la que todos los cataclismos y las catástrofes de la historia que conocemos parecen palidecer [...].

El progreso de la técnica y el desarrollo de la civilización de nuestro tiempo, que está marcado por el dominio de la técnica, exigen un desarrollo proporcional de la moral y de la ética. Mientras tanto, este último parece, por desgracia, haberse quedado atrás. Por esto, este progreso, por lo demás tan maravilloso en el que es difícil no descubrir también signos auténticos de la grandeza del hombre, que nos han sido revelados en sus gérmenes creativos en las páginas del libro de Génesis (1-2), en la descripción de la creación, no puede menos de engendrar múltiples inquietudes [...].

Todas las conquistas, hasta ahora logradas, y las proyectadas por la técnica para el futuro ¿van de acuerdo con el progreso moral y espiritual del hombre? En este contexto, el hombre en cuanto hombre, ¿se desarrolla y progresa, o por el contrario retrocede y se degrada en su humanidad?⁷

Y, en su visita a Austria, en septiembre de 1983, en su discurso ante una comunidad de científicos e intelectuales, el mismo Juan Pablo II señala que,

el hombre está amenazado por lo que él mismo produce... no son la ciencia y la tecnología como tales las que amenazan a la humanidad, sino su apartamiento de los valores morales... más allá de las fronteras de los países y de los bloques de poder está cobrando forma una comunidad científica mundial, que, por razones éticas, ya no está dispuesta a aceptar que el destino del hombre se vea amenazado por la manipulación genética, los experimentos biológicos y el refinamiento de las armas químicas, bacteriológicas y nucleares.

Por último, Benedicto XVI señala que el desarrollo tecnológico puede alentar la idea de la autosuficiencia de la técnica, cuando el hombre se pregunta sólo por el cómo, en vez

⁷ Juan Pablo II, *Encíclica Redemptor Hominis*, no. 15.

de considerar los porqués que lo impulsan a actuar. Por eso, la técnica tiene un rostro ambiguo. Nacida de la creatividad humana como instrumento de la libertad de la persona, puede entenderse como elemento de una libertad absoluta, que desea prescindir de los límites inherentes a las cosas. El proceso de globalización podría sustituir las ideologías por la técnica, transformándose ella misma en un poder ideológico, que expondría a la humanidad al riesgo de encontrarse encerrada dentro de un *a priori* del que no podría salir para encontrar el ser y la verdad. En ese caso, cada uno de nosotros conocería, evaluaría y decidiría los aspectos de su vida desde un horizonte cultural tecnocrático, al que perteneceríamos estructuralmente, sin poder encontrar jamás un sentido que no sea producido por nosotros mismos. Esta visión refuerza mucho hoy la mentalidad tecnicista, que hace coincidir la verdad con lo factible. Pero cuando el único criterio de verdad es la eficiencia y la utilidad, se niega automáticamente el desarrollo. En efecto, el verdadero desarrollo no consiste principalmente en hacer. La clave del desarrollo está en una inteligencia capaz de entender la técnica y de captar el significado plenamente humano del quehacer del hombre, según el horizonte de sentido de la persona considerada en la globalidad de su ser. Incluso cuando el hombre opera a través de un satélite o de un impulso electrónico a distancia, su actuar permanece siempre humano, expresión de una libertad responsable. La técnica atrae fuertemente al hombre, porque lo rescata de las limitaciones físicas y le amplía el horizonte. Pero la libertad humana es ella misma sólo cuando responde a esta atracción de la técnica con decisiones que son fruto de la responsabilidad moral. De ahí la necesidad apremiante de una formación para un uso ético y responsable de la técnica. Conscientes de esta atracción de la técnica sobre el ser humano, debe recuperarse el verdadero sentido de la libertad, que no consiste en la seducción de una

autonomía total, sino en la respuesta a la llamada del ser, que comienza por nuestro propio ser.

Esta posible desviación de la mentalidad técnica de su originario cauce humanista se muestra hoy de manera evidente en la tecnificación del desarrollo y de la paz. El desarrollo de los pueblos es considerado con frecuencia como un problema de ingeniería financiera, de apertura de mercados, de baja de impuestos, de inversiones productivas, de reformas institucionales, en definitiva como una cuestión exclusivamente técnica. Sin duda, todos estos ámbitos tienen un papel muy importante, pero deberíamos preguntarnos por qué las decisiones de tipo técnico han funcionado hasta ahora sólo en parte. La causa es mucho más profunda.⁸

4. Bioética

No voy a dar una definición de diccionario, una respuesta basada en la política o en la psicología, ni mucho en la ciencia moderna, porque eso sería intentar hacer lo imposible, ya que la vida abarca todo ámbito de lo que conocemos, es demasiado amplio. De partida, la vida no es una cosa ni algo tangible. La vida es un proceso, y no está ocurriendo en “alguna parte”, estoy viviéndola yo y la vive usted. No es una meta a futuro, algo por alcanzar, la vida está sucediendo ahora, con cada respirar, cada latir del corazón, con cada abrazo, con cada llanto, con cada alegría... pero como todo, el hombre ha querido buscarle un fundamento a esta existencia. Por eso se ha querido guiar por doctrinas, dogmas, teorías e innumerables estudios, pero es aquí donde recae su principal problema... buscar el fundamento de su vida en su entorno.

⁸ Benedicto XVI, *Encíclica Caritas in Veritate*, no5. 69, 71.

Así la lista de problemas que van a alimentar el problema bioético es larga. Allí se encuentran todos los casos en los que la aplicación del progreso científico o técnico cambia el curso habitual de nuestra existencia biológica, con una particular insistencia en los dos extremos de ella: la procreación y la muerte.⁹ La vida humana en sus comienzos plantea serios interrogantes éticos, sobre todo en referencia con el aborto, con la fertilización in vitro y con todos los problemas de fecundación. El final de la vida coloca al hombre ante complejas opciones éticas: la eutanasia, por ejemplo. La conservación de la vida conlleva importantes exigencias éticas, entre las que señalamos la referente a los trasplantes de órganos, y otras que,

la biología no podría desarrollar y ocupar un lugar coherente en el universo de las ciencias si no se decide a reconocer en la vida la expresión de uno de los movimientos más significativos y más fundamentales del mundo alrededor de nosotros.

El hombre es una parte de la vida y es la parte más característica, la más polar, la más viviente de la vida. Somos nosotros, sin duda alguna, quienes constituimos la parte activa del universo, el brote donde la vida se concentra y trabaja, el capullo en el que se abriga la flor de todas las esperanzas.¹⁰

Teilhard de Chardin concibe al hombre como fundamento y culminación de la evolución, “flecha del árbol de la vida” y clave del plano arquitectónico del universo. El hombre se manifiesta fenomenológicamente como un ser de una categoría única. Atado exteriormente al mundo de la materia y de la vida, por su estructura interior pertenece al mundo del espíritu. Morfológicamente no está distanciado

⁹ Chardin, Teilhard, de, *La place de l'homme dans la nature*. (Le groupe Zoologique human), pp. 17 y 20. Cfr., además, Chardin, Teilhard, de, *La Vida Cósmica*.

¹⁰ Colomer, Eusebio, *Mundo y Dios al Encuentro* (El evolucionismo cristiano de Teilhard de Chardin), Nova Terra, Barcelona, 1963, pp. 34-35.

de los grandes antropoides, pero ontológicamente se diferencia de todos los animales, no solamente porque “sabe”, sino porque “sabe que sabe”. No se trata, pues, simplemente de un nuevo eslabón en la escala evolutiva, sino de un nuevo orden de ser. Y este orden nuevo es el que da sentido a cuanto le precede.

Como clímax de la vida, la vida del hombre cobra un sentido muy especial y profundo, orientado hacia una realización que la trasciende. Este hecho plantea en relación con ella un conjunto de problemas éticos, que deben estar presentes en todo análisis de nuestra existencia biológica. La Biología como ciencia de la vida no puede prescindir de los problemas morales que plantea esta forma de existencia. La sexualidad, la procreación, la fragilidad de la estructura orgánica y las enfermedades y la muerte son problemas que no pueden reducirse a un análisis exclusivamente “científico”. Ellos implican una opción valórica y un sentido de la existencia humana. Quizá la ubicación de la Biología en los planes escolares de estudio está para contribuir a que el educando consiga como fin último, amar profundamente a la criatura humana y la síntesis de vida que ella significa.

Al hablar de persona y sociedad existe un presupuesto básico: la vida. Es simplemente obvio que sin vida no podemos hablar ni de personas ni de sociedad. De modo que podemos sacar unas conclusiones básicas y fundamentales que permitan un discurso ético.

A) *La vida es un valor en sí*: este valor constituye la base, el soporte y el fundamento para que cualquier otro valor moral o premoral pueda desarrollarse en su proyección personal y social. Así, esta característica de valor básico y condicionante nos impone una vigilancia especialísima para no comprometerlo; no lo podemos sacrificar por cualquier cosa. Esta afirmación fundamental, “la vida es un valor en sí”, es

independiente de cualquier discurso religioso, en el sentido que nos permite entrar en diálogo con todos los hombres de cualquier ideología o creencia.

B) *La vida es un concepto y una realidad a la vez personal, comunitario y ambiental*: la vida humana no es tan sólo una realidad personal, sino también una realidad colectiva y una realidad ambiental (ecología).

C) *La vida humana incluye el concepto de calidad*: no es tan sólo el hecho de existir sino también incluye una vida que tenga calidad y dignidad para ser llamada vida humana.

La bioética significa “ética de la vida”. Anteriormente se hablaba más bien de Moral y Medicina, pero hoy en día los problemas de la vida humana desbordan la medicina y encontramos la presencia de la biología con sus descubrimientos, experimentaciones e innovaciones. Además, existe una serie de factores económicos como, por ejemplo, la posibilidad de costear una operación); sociales, como el acceso a los (servicios sociales preventivos y curativos de salud y legislación sobre la muerte clínica); políticos, como las campañas de esterilización; y psicológicos, como la violación, que tienen una ingerencia directa en los problemas éticos de la vida humana.

La bioética se presenta hoy en día como una reflexión importante frente al futuro de la humanidad. La ingeniería genética, los anticonceptivos, la gestación artificial, entre otros, constituyen una verdadera y pesada responsabilidad frente al futuro de la humanidad. Además obliga a una reflexión interdisciplinaria seria y serena: ¿Cuándo comienza la vida? ¿Cuándo puede hablarse de muerte? ¿Cuáles son los derechos del paciente? ¿Hasta dónde puede llegar la experimentación genética? y otras interrogantes necesitan un acercamiento interdisciplinario. Por ello se exige tener en cuenta los datos científicos que inciden en toda esta problemática, pero al mismo tiempo es necesario se dé un juicio moral sobre la misma. Existen dos principios en toda ética, cuya raigambre

evangélica es indiscutible y cuya vigencia hoy es incontestable: en primer lugar, debe citarse el principio moral de exigir a cada hombre un respeto absoluto hacia la realidad personal de los demás hombres, que le lleva a tratar a todo ser humano también, por tanto, a sí mismo, de acuerdo con su calidad y dignidad humana. Todo ser humano tiene una inalienable dignidad, es un valor en sí mismo y no puede degradarse al simple papel de medio para un fin. Un segundo principio, que no es independiente del anterior, sino una concreción del mismo, es que existen límites en la manipulación del hombre. El hombre no puede degradarse hasta convertirse en un animal de laboratorio, sobre el que puede experimentarse sin límites.

La afirmación de que la vida humana es un valor en sí, un valor básico y fundamental, parecería algo obvio. Pero los hechos contradicen constantemente esta afirmación tan natural. Todo el discurso sobre los derechos humanos y la dignidad humana es una actualidad desafiante. La vida humana y la dignidad humana están constantemente cuestionadas: la cantidad de abortos, la mentalidad antinatal, el peligro real de una destrucción de la humanidad, la violación ecológica, los atentados y la cultura de la muerte, las guerras y todos los conflictos bélicos de diversa índole, etc.¹¹

La explosión demográfica, aunque es un problema, no es la causa última porque la creación artificial de necesidades ha comprobado que el problema no es cuantitativo sino de estilo de vida. En definitiva, una antropología que dignifica el ser del hombre y se funda en valores morales es la que permite el respeto por toda persona en su dignidad más profunda y posibilita su realización como tal.

¹¹ Mifsud, Tony, *Moral de Discernimiento*, op. cit., T. II, bioética.

5. Dignidad del enfermo

La delicadeza y fragilidad de la condición del hombre implica, como experiencia acompañante, la de la situación de enfermo. Como enfermos, a veces extremos, nos observamos o somos observados en una pobre condición de dependencia, que en pocas oportunidades es vivida y comprendida en su significación más profunda, más cuando, en condiciones últimas, es vivida por pocos y los que viven esta experiencia la viven como incommunicable, como absolutamente personal, ¡qué difícil es expresar lo que se siente en condiciones extremas, cuando el dolor, el sufrimiento y la soledad no pueden expresarse, por mucho que se intente! ¡Qué poco sabe el médico del dolor del paciente!

Y esta situación adquiere particular relevancia en un mundo como el nuestro, en el que todo se mide desde la perspectiva de la utilidad. La sociedad de producción, que nos rige, fomenta con facilidad el activismo del hacer y, como fenómeno concomitante, se tiende a despreciar o sólo a tener piedad del anciano o del enfermo, por su escasa utilidad social. Es necesaria la conciencia de que toda la existencia particular es valiosa y digna, sin importar las condiciones. Ni la edad, ni las situaciones extremas, ni la enfermedad... nada... hace perder su carácter de valioso, de incondicional, al existir de cada hombre.

El enfermo es signo de la precariedad de nuestro existir, de nuestro tiempo limitado, pero, incluso, sin ese valor de testimonio, conserva la dignidad de lo humano. El valor de una persona y su dignidad no se pueden confundir con su utilidad. Por eso, permanece intacta aún en la extrema enfermedad y, por ello, es exigible un respeto incondicional hacia aquel que la vive. Viktor Frankl, médico y escritor de gran influencia en el pensamiento contemporáneo, a partir de cuyo pensamiento escribo esta reflexión, dice en su obra

El hombre en busca de sentido: “Un individuo psicótico incurable puede perder la utilidad de ser humano y sin embargo conservar su dignidad... Tal es mi credo psiquiátrico. Yo pienso que sin él, no vale la pena ser un psiquiatra.”

El enfermo, como sujeto que sufre, es superior a su enfermedad e incluso al mismo médico, en cuanto es capaz de descubrir, en libertad, un sentido en el acaecer, a veces fatal, de la misma. El hombre tiene derecho a sufrir su dolor, al sumir su sufrimiento y al tomar postura frente a él. La angustia o desesperación que, a veces, acompañan nuestras enfermedades, no es por ellas, sino por la incapacidad que tenemos de encontrarles un sentido. En el minuto doloroso en el que de golpe tomaré conciencia que estoy enfermo o que me vuelvo viejo; en este momento último, sobre todo en el que sentiré que escapo a mí mismo, absolutamente pasivo en las manos de las grandes fuerzas desconocidas que me han formado; en todas estas horas sombrías, dame Dios mío, comprender que eres Tú el que escarbas dolorosamente en las fibras de mi ser para penetrar hasta la médula de mi sustancia para llevarme a Ti (Pierre Teilhard de Chardin).

6. El morir ¹²

El vivir asume su comienzo pero también debe asumir no sólo sus momentos de decadencia en la enfermedad sino su término en el morir, y allí igualmente vivir respetando su dignidad. En el momento de la muerte se plantea la posibilidad de hacer la opción final que exprese y comprometa nuestra totalidad de ser en libertad y nos “anclen” definitivamente en la apertura hacia los hermanos y hacia Dios.¹³

¹² Remito a mi libro *Vivir al final*, Ed. San Pablo, Caracas, Venezuela, 2008 y a mi reflexión “El problema de la muerte”, en Rev. Píntese, Brasil, Belo Horizonte, no. 87, 2000.

¹³ Romo Waldo: “Reflexión ética y problemas de la muerte eminente”, *Revista Teología y Vida*, Universidad Católica de Chile, Santiago, Vol. XXVI, 1985, n° 3.

La muerte, acontecimiento del abandono, puede ser vida como la cercanía más profunda: en el dolor de la separación mayor puede consumarse la comunión del amor, que es fuerte como la muerte. Morir se convierte en el acto por el que la persona acepta el acto supremo de abandono a Dios y de este modo la muerte se convierte en el verdadero dies natalis, en el día del supremo nacimiento del hombre a sí mismo delante de Dios y en relación con él. Así remitirá para todos a la globalidad de la existencia personal en el conjunto de las obras y de los días que la han ido entretejiendo, de las posibilidades que se le han ofrecido y de las respuestas conscientes y libres que ha dado la persona. Sólo el drama de la libertad, sólo el ser arduo de la esperanza, junto con la promesa cierta de que es posible alcanzar lo que se espera, da densidad histórica y dignidad a la representación de la belleza del *éschaton*.

Por ello finalmente, ante el miedo y la pregunta que suscita la inevitabilidad de la muerte la teología no ofrece ningún tipo de paliativo: más bien desenmascara las relativizaciones de la muerte y muestra su radical sin sentido. La muerte es la experiencia humana de radical separación de Dios. La fe presenta una única condición de posibilidad para superar el absurdo de la muerte. Lo que a la muerte puede darle un sentido no proviene de ella misma, que es separación de Dios. Tampoco a partir del hombre es posible establecer un sentido convincente. Dicho sentido sólo se funda en Dios mismo, quien, en la muerte de Jesús, se apropia de la muerte humana. Desde el hombre el sentido de la muerte sólo puede ser el de la libertad que abre a la gracia, vale decir, el sentido que proviene de la apertura y la entrega a ese Otro más grande, que ha asumido nuestra muerte, permitiéndonos por eso, y sólo por eso, ser *re-cogidos* de la no-vida y *acogidos* en Su vida. Y con ello la razón de nuestra esperanza es una sola: el amor apasionado de Dios

por cada uno de nosotros, que ni siquiera nuestro pecado y nuestra muerte logran acallar.¹⁴

Nuestro cuerpo no es un objeto por estudiar como soporte de acciones, pasiones e intenciones, sino un tipo de intencionalidad no tematizada, apertura originaria al mundo. Podemos decir que la salud y la enfermedad son las dos maneras fundamentales del “habitar”, dos modos de anclarnos en el mundo, es decir, dos modos primarios de significar el mundo que comprometen toda tarea intencional. Si estoy sano “puedo”, si estoy enfermo “no puedo”.¹⁵

Por otro lado, la muerte se desvanece cada vez más como acontecimiento público y social. En todos los fenómenos actuales de evasión se da una manifestación engañosa del rechazo instintivo del hombre ante la muerte. El engaño reside en negar la realidad de dicho fenómeno. Se pretende superar el absurdo de la muerte, al negar su existencia.¹⁶

Al referirnos a la muerte decimos cosas en relación con algo que situamos como futuro o posibilidad. Cuando dicho futuro o posibilidad se actualiza, dejamos de hablar y, sólo entonces, hacemos la experiencia de la muerte. Esta “futura-ridad” dificulta nuestra reflexión en dos sentidos: primero, porque determina un tipo de discurso referido a una experiencia que nos es todavía ajena y que, desde ese futuro, nos perturba y nos incita a pensarlo como un destino ignoto y cuestionador a la vez. En segundo lugar, porque no necesi-

¹⁴ Noemí, Juan, “Significado Teológico de la muerte”, *Revista Teología y Vida*, Universidad Católica de Chile, Santiago. XXIX, 1988, n°. 4. Cfr. también Noemí, Juan, “¿Es la esperanza cristiana liberadora?”, Ediciones Paulinas, Santiago de Chile, 1990, cap. VIII, p. 141ss.

¹⁵ *Ibidem*. Cfr. Morán, Sergio, “Término de la vida humana”, *Revista Teología y Vida*, Universidad Católica de Chile, Santiago., vol. XXXV, 1994, n°. 1-2. Cfr. el artículo “Morir con dignidad: un aporte desde la ética cristiana”, de Tony Mifsud en esta misma publicación y número.

¹⁶ Pfeiffer, María Luisa, “La Medicina y la enfermedad: dos paradigmas”, *Revista de Filosofía*, Universidad Iberoamericana, México, n°. 91, enero-abril, 1998.

tamos definir, como Heidegger, nuestra realidad como “ser-para-la-muerte” para reconocer un dato de por sí innegable: el tener que morir, propio de todo hombre.

Nuestra experiencia de vivir es al mismo tiempo la experiencia de tener que morir; en otras palabras, la existencia humana conlleva de por sí esta suerte de “confrontación anticipada” con la muerte. Estar vivo y tener que morir son datos inseparables en el ser del hombre. Esta experiencia ya la empezamos a hacer cuando somos niños. Entonces perdemos la “inconciencia” de una vida que se define unívocamente por sí misma, para experimentarnos como un ser vivo al que aguarda la muerte. Y es por ello que estar vivo, pero tener que morir no es la constatación apática de un hecho normal y natural, sino que despierta una tensión entre la experiencia de estar vivos —que vivenciamos como un bien al que instintivamente nos aferramos— y el tener que morir como un destino que nos asusta y despierta, por ende, en nosotros rechazo. Estamos en la vida ante la muerte. Ésta es una situación que no cabe sino reconocer.¹⁷

En cada uno de los seres humanos en el inicio está dada una “ley a priori” que rige el desarrollo, de tal manera que las posibilidades a partir de las que se desarrolla están ya limitadas y orientadas. Como tal, el comienzo está presente en cada momento de la vida. Por su parte, como un interno “hacia dónde” de la totalidad del proceso, está contenido ya en el primer momento de la vida. Lo último no es sólo la ruptura de una sucesión arbitraria y desorientada de acontecimientos, sino el fin consumado, que en tanto “hacia donde” del movimiento vital, es interno a este y domina la totalidad. Cada fase del movimiento vital es, a la vez, comienzo y fin para otro momento. Por esto la temporalidad es interior al ser vivo.¹⁸

¹⁷ Noemí, *op. cit.*

¹⁸ Schickendantz, Carlos, “Teología de la muerte: un texto inédito de Karl

7. Hacia una ecoética

Más allá de la vida de la naturaleza está el respeto por la vida del hombre protagonista esencial de ese vivir, y sin embargo el mundo de la naturaleza viva e inerte es el soporte de la vida del ser humano. En ella trabajamos, a través de ella nos expresamos. El aporte de la ética al problema ecológico es primariamente una actitud ecológica frente al medio: sensibilizar y educar frente al problema mediante una opción por la calidad de vida y un respeto por el patrimonio ambiental con vistas a la generación presente y futura.

Me parece que es una obligación fundamental para el hombre sacar de sí mismo y de la tierra todo lo que ella puede dar; y esta obligación es tanto más acuciante, cuanto más ignoramos en absoluto qué límites, acaso muy lejanos todavía, puesto a nuestro conocimiento y a nuestras fuerzas naturales crecer y realizarse lo más posible. Tal es la ley inmanente al ser. No puedo creer que al abrimos perspectivas hacia una vida más divina, Dios nos haya dispensado por lo mismo de proseguir, aún en el plano natural, la obra de la creación. Me parece que sería “tentarle” dejar andar al mundo a su paso, sin esforzarse por dominarlo mejor y comprenderlo mejor.¹⁹

Hablar de la naturaleza humana significa hablar del ámbito vital del hombre, su entorno, “su casa”. *Oikos* designa, ante todo, el ámbito inmediato de la vida del hombre. Hablar de ecología implica, pensar las relaciones del ser humano con la naturaleza según una imagen doméstica: el hombre está en el mundo, en la naturaleza física, como en su casa. El mundo es percibido como cosmos, orden de admirable belleza en el que se transparenta la verdad del Ser y su fundamento divino.

Rahner”, en *Revista Teología y Vida*, Universidad Católica de Chile, Santiago. vol. XXXVIII-1977, n°. 4, (El texto se titula “Der Tot”). Rahner, Karl, *Curso fundamental sobre la fe*, Herder, Barcelona, 1979, pp. 503-505.

¹⁹ Chardin, Teilhard, de, *Genèse d'une pensée*, p. 161.

La naturaleza (con el respeto de equilibrio ecológico) está al servicio de la persona. Los ecosistemas tienen su punto culminante en la síntesis de la vida que es el ser humano. Sin embargo, la naturaleza no es solamente algo para usar, sino una realidad para conocer y admirar, objeto primero de asombro. El auténtico dominio del hombre sobre la tierra, llamado por vocación divina, no es el que corresponde a un conquistador que sojuzga a un extraño, sino que consiste en la capacidad de conocer sus leyes y emplearlas sin vandalismo ni crueldad. Al romper sus relaciones vivientes con la naturaleza, el hombre queda disminuido en su propio ser exiliado del paraíso, y su auto-desarraigo lo impulsa a la aventura suicida de la tecnocracia.²⁰

Con asombro vemos cómo el hombre de jardinero que era otro ahora se ha convertido con frecuencia en el pirata de la naturaleza. La polución ambiente, la contaminación acústica, son, entre otros, algunos de los signos de ruptura, que lo es para la naturaleza y para la comunidad humana que vive en ella. Nuestra responsabilidad moral llega también a este campo y nos plantea una serie de problemas que golpean la conciencia humana con la fuerza de un imperativo ineludible.

Paulo VI, en el discurso pronunciado con ocasión del 250 aniversario de la FAO, el 16 de noviembre de 1970, reconocía cómo los progresos logrados en el mejoramiento de la fertilidad del suelo, la sistematización racional de la irrigación, el esfuerzo por la selección vegetal, etc., parecen realizar en nuestros días la antigua profecía del florecimiento del desierto. Pero, al mismo tiempo, constataba que la realización concreta de estas posibilidades técnicas va acompañada de repercusiones tan dañosas sobre el equilibrio de nuestro

²⁰ Aquer, Héctor, "Fundamentos sapienciales de la ecología", *revista Sapientia*, Buenos Aires., no. 148, pp. 139-146, abril-junio, 1983.

ambiente natural, y de tal agravamiento en las condiciones del entorno, que amenaza llevarlo a una verdadera catástrofe ecológica. Y concluía:

...se impone un cambio radical en la conducta de la humanidad, si esta quiere tener seguridad de que va a sobrevivir: no es cuestión ya de dominar tan sólo la naturaleza; hoy el hombre debe prepararse a “dominar su mismo dominio” sobre la naturaleza, ya que los progresos científicos más extraordinarios, las proezas técnicas más prodigiosas, el crecimiento económico más espectacular, si no van unidos a un auténtico progreso social y moral, se resuelven, en definitiva, contra el hombre.

8. Bioética y ecoética

Todo lo señalado nos mueve a insistir en la presencia no sólo de una bioética en la elaboración científica, sino también de una eco-ética. Las ciencias tienen un especial valor formativo, no sólo a través de su metodología tan particular, de sus contenidos que nos permiten conocer y admirar al Hombre y a su mundo, sino también en cuanto nos permite atisbar una realidad axiológica superior, en la adecuación de los medios al fin último de la existencia del Hombre.

Se las puede elevar a un plano superior, en su relación con la persona, que no disminuye el quehacer científico ni lo desvirtúa, sino lo eleva a un nivel superior al servicio de la persona humana, que son los que la realizan y los que usan de ella, al apoyarlos en su búsqueda de sentido último, mediatizado en la realización de auténticos valores morales.

... la exploración de la tierra, del planeta sobre el que vivimos, exige una planificación racional y honesta. Al mismo tiempo, tal explotación para fines no solamente industriales, sino también militares, y el desarrollo de la técnica no controlado no encuadra en un plan universal y auténticamente humanístico, llevando muchas veces consigo la amenaza del ambiente natural del hombre, y lo enajenan en sus relaciones con la naturaleza y lo apartan de ella. El hombre parece, a veces, no percibir

otros significados de su ambiente natural, sino solamente aquellos que sirven a los fines de su uso inmediato y de consumo. En cambio era voluntad del Creador que el hombre se pusiera en contacto con la naturaleza como “dueño” y “custodio” inteligente y noble, y no como “explotador” y “destructor” sin ningún reparo. El sentido esencial de esta “realeza y de este “dominio” del hombre sobre el mundo visible, asignado a él y consentido por el mismo Creador, consiste en la prioridad de la ética sobre la técnica, en el primado de la persona sobre las cosas en la superioridad del espíritu sobre la materia.²¹

La vida es nuestra realidad. En ella decimos “soy y respiro profundamente bajo el sol”. Es por ello que surge como aspecto esencial de nuestro ser el decir que somos vivientes y que nos asumimos como tales y como parte de ellos, aunque una parte especial. Nuestro vivir es expresión de esa necesidad de “amor propio” que se manifiesta en él. En él estimo la vida como don, como una realidad que me plenifica y funda sentidos posteriores de realización de la misma. Como tal, debo ser capaz de sentir la dignidad de mi vida y ser fiel a la vocación a vivir donde quiera que ésta se manifieste.

Así la naturaleza, incluso la inanimada, como sostén de la vida, adquiere una particular dignidad y relevancia. Los seres vivos, que participan de este don, participan de su dignidad, y de manera muy especial todo hombre, como plenitud de vida en su inteligencia y su capacidad de amar, por lo que vive esta dignidad en forma más total. Por ello si amo la vida de manera preferente, amo a todo hombre en cuanto su climax, por la profundidad y dignidad que él representa.

A pesar de todo lo que la ciencia puede constatar de accidental en nuestra situación en medio del grupo de los seres vivos, nosotros, los hombres, representamos la parte del mundo que ha tenido éxito, aquella en la que refluye, hacia la abertura por fin

²¹ Juan Pablo II, *Encíclica Redemptor Hominis*, no. 15-16.

realizada, toda la savia y todos los cuidados de la evolución conocida. Somos nosotros, sin duda alguna, quienes constituimos la parte activa del universo, el brote en el que se abriga la flor de todas las esperanzas.²²

El hombre se manifiesta, pues, fenomenológicamente como un ser de una categoría única. Atado exteriormente al mundo de la materia y de la vida, por su estructura interior pertenece al mundo del espíritu. Morfológicamente no está demasiado distanciado de los grandes antropoides, pero ontológicamente se diferencia de todos los animales, no solamente porque “sabe” sino porque “sabe que sabe”.²³

Desde una perspectiva positiva el hombre es el más misterioso y desconcertante de los objetos definidos por la ciencia. De hecho, hemos de confesar que la ciencia aún no le ha hallado un sitio en su representación del universo.²⁴

Cada una de nuestras vidas está trenzada con dos hilos: el hilo del desenvolvimiento interior, siguiendo el cual se forman gradualmente nuestras ideas, afectos, actitudes humanas y místicas; y el hilo del éxito exterior, siguiendo el cual nosotros nos encontramos, en cada momento, en el punto preciso en el que convergerá, para producir sobre nosotros el efecto esperado de Dios, el conjunto de las fuerzas del Universo.²⁵

Y el amor a ella incluye la aceptación de la realidad de su longitud finita, de su nacimiento y de su fin. Incluso cuando descubro, en la experiencia de mi vida, mi propia mortalidad, el imperativo que de esta experiencia surge es de una mayor fidelidad. Desde allí surge un profundo sentimiento de amor por la vida en mí mismo, en los demás y en la naturaleza y

²² Chardin, Pierre Teilhard, de, *La vida cósmica*, 1916. Cfr. Colomer, Eusebio, *Mundo y Dios al encuentro: El evolucionismo cristiano de Teilhard de Chardin*, Nova Terra, Barcelona, 1963.

²³ *Ibid.* p. 35.

²⁴ Chardin, Teilhard, de, *El Fenómeno humano*, p. 179.

²⁵ Chardin, Pierre Teilhard de, *Le Milieu Divin*, Editions du Seuil, Paris, 1957, p. 80.

una fidelidad esencial para con ella en todas sus formas. “No matarás” es el imperativo eje de todas las exigencias éticas en relación con la vida humana. El respeto a la vida humana es uno de los núcleos primarios en torno de los que se ha desarrollado la conciencia moral de la humanidad.²⁶

Este es el fundamento de la bioética, como postulado de derecho universal, que es exigencia y obligación para todo hombre, y que surge desde su propia conciencia como imperativo que exige ser realizado. Es obligación de cada hombre amar en sí, y profundamente, su propia vida y la de los demás, porque ella tiene un sentido y guarda, aunque sea a modo de semilla, un germen de trascendencia que lo encamina a un más allá de sí mismo.

Es obligación de cada hombre el respeto por la vida, en la medida gradual en que sus distintas formas se acercan a la plenitud de vida que es él mismo, imagen y semejanza de lo Absoluto de vida en Dios, fuente última de todo vivir.²⁷

Pero nosotros no somos prisioneros. No nos están preparadas caídas ni trampas, y no hay nada que nos deba dar miedo ni atormentar. Estamos puestos en la vida como en el elemento a que somos más afines, y hemos llegado a ser, por una milenaria acomodación, tan semejantes a esta vida que, cuando nos estamos quietos, apenas se nos puede distinguir de lo que nos rodea, por un feliz mimetismo. No tenemos ninguna razón para desconfiar de nuestro mundo pues no está contra nosotros. Si tiene espantos, son nuestros espantos; si tiene abismos, esos abismos nos pertenecen; si hay peligros, debemos intentar amarlo. Y si orientamos nuestra vida solamente según ese principio que nos aconseja que nos mantengamos siempre en lo difícil, entonces lo que ahora se nos parece todavía como lo más extraño, se hará lo más familiar y fiel nuestro.²⁸

²⁶ Marciano, Vidal, *Moral de Actitudes*, T. II, PS Editorial, Madrid, passim.

²⁷ Cfr. mi libro *Reflexiones para tiempos de silencio*, pp. 82-83.

²⁸ Rilke Rainer, María, *Cartas a un joven poeta*, Alianza Editorial, Madrid, 1995, pp. 85-86.

Por mundo quiero, ahora, significar el horizonte en que vivimos y en el que afirmamos nuestra existencia. Incluye, por lo mismo, el mundo de la materia inanimada y viviente, ante la que tomamos posición, recreándola con el esfuerzo de nuestra actividad en todas sus formas. Su sentido y su belleza, su crecimiento y su muerte, cobran sentido en el hombre que lo comprende. Sin él sería una sinfonía muda.

Por ello es necesario entender que somos parte de él en la medida en que, por un lado, participamos de algunas de sus condiciones esenciales: materialidad, caducidad, finitud, entre otras, y por otra, somos su culminación y expresión, sin la que sería incapaz de elevarse al horizonte de lo consciente, e incluso de lo distinto y trascendente. Las cosas, los seres, nos están presentes, no están representados, y nosotros nos relacionamos con ellos. No está nuestro cuerpo por una parte y nuestro yo inteligente por otra: somos una unidad, un organismo que dialoga con el mundo.

Es cierto que cada uno adviene a él desde la perspectiva en que se ha ubicado, pero no es menos cierto que un mundo compartido permite, además, el despliegue de rasgos fundamentales al hombre, en la misma medida de un “algo” común. Es necesario, por tanto, dilatar los límites de comprensión de la realidad y, defendiendo nuestro ámbito vital, ampliar fronteras a un crecimiento continuo del diálogo que se abre entre el hombre y su mundo.

No somos ajenos a él, sino una parte que, aunque más excelente, está unida al resto por lazos tan íntimos que lo identifican como uno de los suyos, que permanece y vive en él y por él, al mismo tiempo que lo trasciende. Existe en una mutua dependencia. Por lo mismo, es necesario el cuidado de la vida en todas sus formas, parte de ella y culminación de la estructura piramidal de la vida.

Así cuando decimos que la educación se encamina hacia el posibilitar una mejor calidad de vida debemos tener pre-

sente esta realidad de la misma, como fundamento de esta expresión. Tal vez si el papel de la biología, y con ella la de otras ciencias que dicen referencia en forma directa a los procesos vitales en un currículo escolar, tenga su sentido más profundo en enseñar a valorar la vida en todas sus formas en su intento de explicarla, fundamentalmente en aquel que aparece como culminación de este proceso.²⁹

La expresión de lo humano está mediada por su propio cuerpo, que no es un apéndice de él, sino una realidad de su propio existir. Nuestra condición es de una realidad ubicada temporal y espacialmente, a través de nuestro cuerpo. Por ello, cuando hablamos de educación integral, que se orienta hacia la totalidad de la persona, se hace necesario tener presente a qué totalidad nos referimos.

Si buscamos una mejor calidad de nuestro vivir, si entendemos por esta una realización más profunda de nuestro ser y si por educación entendemos un proceso que nos ayuda a encaminarnos a ella, es condición necesaria de la misma profundizar y promover la vida y con ello cuidar nuestro propio cuerpo como manifestación de ese vivir. Tal vez es por ello que los griegos, así como promovían la música, las matemáticas y la filosofía, insistían tanto en la formación en “gimnasia”, la que ocupa un puesto en el desarrollo educativo propuesto por Platón para el hombre que busca formarse como tal y avanzar por los caminos de la sabiduría.³⁰

El cuidado y desarrollo de nuestra realidad corporal se entiende como una expresión de la profunda fidelidad a la vida, propia de todo ser viviente, y en especial del ser huma-

²⁹ Cfr. mi artículo “Educación moral y ciencias naturales”, en *Cuadernos de Educación*, CIDE, no. 132, diciembre, 1983.

³⁰ Cfr. mi artículo “La figura del sabio en Platón”, en revista *Sapientia*, *Universidad Católica Argentina*, Buenos Aires., n°. 181, 1991. Allí podrá encontrarse también el sentido de la búsqueda de armonía a través de la música, la geometría y las matemáticas, en Platón.

no. Es por ello que el deporte y la educación física no son en su esencia una actividad competitiva sino vital y comunitaria, en tanto el hombre es un ser vivo y social que cuida de su vivir y desarrolla su cuerpo en la medida de sus condiciones personales. Cuando decimos que la vida es autodespliegue, decimos que ella es autoconfiguración a partir de una proyección vital que la impulsa a realizarse, además de hacerla vivir en comunicación con su medio.³¹ Es despliegue de las posibilidades innatas de un ser y el hombre, al formar parte de los seres vivos tiene el imperativo de desplegarse en la totalidad de ese ser que incluye sus aspectos vitales. Es por ello que la educación debe buscar también considerar este aspecto, así como el de la inserción del hombre en el mundo de la vida y de la naturaleza en todas sus formas.

La naturaleza es derroche y energía y la reproducción y la muerte son los momentos de una fiesta que ella celebra con la multitud inagotable de los seres (G. Bataille). Por lo mismo, los tiempos de la fertilidad eran en las culturas andinas, aquellos en los que se mezclaba lo sagrado y lo festivo, ya que el tiempo de lo sagrado es tiempo de fiesta. La madre tierra era la madre de la vida.

¿Qué hijo no desea ver en su madre un rostro hermoso y limpio, especialmente cuando ella, en forma continua, se reviste con generosos ropajes? Por eso, al hablar de la madre-tierra, debemos pensar que la hemos prostituido en un abuso indiscriminado y, al llenarla de postizos, la entregamos al mejor postor, en vez de ayudarla a que, en su fertilidad, sea inagotable matriz de vida. Sólo hoy, cuando tememos que no pueda ampararnos, nos preocupamos (ojalá no en su vejez) por mejorar su rostro.

³¹ Cfr. Lersch, Philipp, *La estructura de la Personalidad*, Scientia, Barcelona, 1966, p. 2: "Características de lo viviente".

No podemos ser aventureros que hacen de la violación su riqueza, sino hijos amorosos que hacen del cuidado filial su sentido. Un momento de reflexión sobre el sentido de la tierra en las culturas andinas nos ayudaría a reconstruir lo que con tanto desenfado vamos depredando. Somos jardineros de la naturaleza y no piratas.

9. Apuntes conclusivos

Nuestras reflexiones anteriores nos hacen ir más allá de la filosofía y hacernos destinatarios del sentido profundo de la fe, la que tendrá que ofrecer el sentido que la luz de Dios que arroja sobre los humildes días del éxodo y rescata no sólo el hoy de la decisión con su no y su sí transformante, sino también los trabajos y los días que lo preceden y lo siguen, esos tantos síes humildes y cotidianos y esos tantos noes mil veces repetidos, de los que el hombre necesita para vivir y morir. La memoria, la conciencia y la esperanza pascuales estructuran el testimonio neotestamentario, y lo convierten de forma normativa y fontal en el lugar de la plenitud del advenimiento y de su impacto sobre el éxodo de la condición humana y de toda su historia.³²

Sin la fe en el Crucificado Resucitado, las interrupciones serían inexplicables como los nuevos comienzos: todo se vería abandonado a la victoria final de la muerte, y el triunfo de la nada se ofrecería como la única solución posible al problema de la existencia.

Abandono de la comunión y comunión en el abandono, la muerte es por tanto un acontecimiento trinitario pascual, que ha sido iluminado una vez para siempre por la cruz del Señor: la muerte viene a participar del dinamismo de las relaciones divinas misteriosamente presentes en este acto

³² Noemí, *op. cit.*

supremo. Esta participación en el entramado profundísimo de las relaciones interpersonales de la Trinidad es el que hace sumamente “personal” el acontecimiento del morir; y esto no sólo en el sentido de que nadie puede sustituir a otro en la hora de la muerte, sino también y propiamente en el sentido de que frente a la muerte la vida es conducida a una especie de recapitulación personalizante. Esto da a la muerte el valor de personalización suprema del hombre y consciente que se pueda hablar entonces de una dimensión plenamente antropológica, o bien, de una dimensión auténticamente humana.

... au moment dernier, surtout, où je sentirai que je m'échappe à moi-même, absolument passif aux mains des grandes forces inconnues qui m'ont formé; à toutes ces heures sombres, donnez-moi, mon Dieu, de comprendre que c'est Vous (pourvu que ma foi soit assez grande) qui écartez douloureusement les fibres de mon être pour pénétrer jusqu'aux moelles de ma substance, pour m'emporter en Vous”.³³

“Yo soy la verdad y la Vida...”. Esta Palabra eterna que es el Hijo se hizo carne y en ella asumió nuestra forma de vivir. Por tanto, la Palabra que vino en medio de nosotros no es otra, sino que es la misma. El que se relaciona con el Verbo encarnado, el que lo acoge como Palabra de Dios, se relaciona con el Hijo eterno y acoge la eterna Palabra del Padre. En este sentido, la revelación es auténtica autocomunicación divina: la Palabra hecha hombre es Dios; y el que la acoge, acoge a Dios, al Hijo, y en él al Padre, que lo ha enviado: “Al recibirme a mí, recibe al que me envió” (Jn. 13, 20). En Dios, esta Palabra es eterna mediación del Amor, el Amado en el que se complace el Amante, el Hijo engendrado por el Padre y que responde en la pura receptividad.³⁴

³³ Chardin, Pierre Teilhard, de, *Le milieu Divin*, Editions du Seuil, París, 1957, p. 95.

³⁴ Forte, Bruno, *Teología de la Historia*, Sígueme, Salamanca, 1995, p. 123.